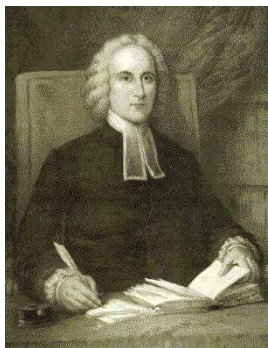


El Auto Engaño del que no Teme a Dios



JONATHAN EDWARDS
1703 - 1758

“La iniquidad del impío me dice al corazón: No hay temor de Dios delante de sus ojos. Se lisonjea, por tanto, en sus propios ojos, de que su iniquidad no será hallada y aborrecida”
(Sal. 36:1-2).

1. Algunos se engañan con la esperanza secreta de que no hay otro mundo. Oyen hablar del infierno y el juicio, pero les parece irreal. Dicen, “¿Cómo sé que hay otro mundo? Eso es una fábula.” Con tal idea se tranquilizan; y deseando que esto sea así, se les facilita pensar que están en lo correcto. De esta forma se afirman más en el pecado, en la infidelidad y en su mente impía y ateísta (Sal. 14:1).



2. Algunos se engañan pensando que su muerte está lejos. Éstos piensan que podrán buscar la salvación más tarde y que lo harán con diligencia al final de su vida, pero no se

les ocurre pensar que la vida es incierta, que no hay garantía de que llegarán a viejos, y sin base alguna, creen que todo saldrá como lo desean (Sal. 49:11). Se sienten bien, son jóvenes, se mantienen ocupados y oran pidiendo una vida buena; por eso no piensan en la muerte. “Si vivo muchos años más,” dicen, “me convertiré antes de morir en algún momento más conveniente.”

3. Algunos se engañan apoyados en su vida moral y ordenada. Éstos se complacen por ser honestos, no tener vicios, no engañar al prójimo, no ser alcohólicos, inmundos ni vulgares. Van a la iglesia el Domingo y alaban a Dios en sus casas. Ellos no creen que Dios los vaya a

condenar al infierno; no ven por qué Dios ha de estar airado contra ellos si viven tan ordenadamente; no creen haber hecho nada que merezca la ira de Dios, y si lo han hecho, se imaginan que han hecho suficientes cosas buenas para apaciguarlo. Saben que no son convertidos, pero esperan que su rectitud haga que Dios los convierta. Piensan que Dios no los dejará ir al infierno siendo tan buenos. Así se auto-engañan como aquellos de Lucas 18:9 “que confiaban en sí mismos como justos.”

4. Algunos se engañan por los privilegios que disfrutaban. Éstos se relacionan con gente convertida y asisten a iglesias donde el Evangelio se predica con poder; piensan que para ellos será fácil ser salvos y a causa de ello abusan de la gracia de Dios para su destrucción. Si sus padres son personas piadosas, cercanas a Dios y oran mucho por su salvación, deducen que Dios oirá esas oraciones y por ello descuidan sus almas. Éstos menosprecian la riqueza de la bondad y la paciencia divinas (Rom. 2:4). Son como los judíos que se confiaban que eran hijos de Abraham hasta que el Señor les dijo que eran hijos del diablo (Juan 8:39-44).

5. Algunos se engañan por las intenciones que tienen. Éstos se proponen disfrutar del pecado por un tiempo y más adelante buscar a Dios y reformarse. Han oído decir muchas veces que el que busca a Dios lo encuentra; y eso es lo que se proponen hacer con gran diligencia, pero más tarde. Mientras tanto, viven tranquilos, descuidando sus almas y disfrutando el placer de las cosas terrenales. Si algo grave pasara y se sintieran cerca de la tumba antes de lo previsto, piensan orar y buscar a Dios con todas sus fuerzas, seguros que Dios no los dejará morir en su pecado. Pero éstos olvidan que el infierno está lleno de gente que tuvo buenas intenciones pero nunca fueron buenos para hacer lo que tenían que hacer. Son como Félix que le dijo a Pablo: “vete, pero cuando tenga oportunidad te llamaré” (Hechos 24:25).

6. Algunos pecadores se engañan a sí mismos creyéndose convertidos. Éstos son de los que están persuadidos de que todos sus pecados han sido perdonados, que Dios les ama, que van a ir al cielo cuando se mueran y que ya no necesitan preocuparse de nada más. Son semejantes a los de la Laodicea a quienes el Señor dijo, “tú dices: soy rico y me he enriquecido y de nada tengo necesidad; y no saben que tú eres un

desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Ap. 3:17).

De esta manera se auto-engañan muchos pecadores hasta que el castigo los alcanza. Satanás usa estas carnadas para atrapar sus almas. El engaño es tal que les impide ver el peligro y los hace confiados “como el ave que va hacia la red y no sabe que es contra su vida, hasta que la saeta traspasa su corazón” (Prov. 7:23). La muerte viene cuando no se le espera, pero los pecadores viven tranquilos, hasta que un día el infierno los venga a llenar de angustias, porque “cuando digan paz y seguridad, destrucción repentina vendrá sobre ellos, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán” (1ª. Tes. 5:3).

¿Qué te hace pensar que es seguro esperar para volverte a Dios? ¿Qué te motiva a arriesgarte como lo haces, dejando para después esto que es tan necesario? ¿Tienes la esperanza de que no haya cielo ni infierno? ¿O sospechas que no hay Dios? ¿Es esto lo que te tranquiliza? ¿La misericordia de Dios te motiva a hacerte su enemigo? ¿Estás dispuesto a provocarlo a ira porque piensas que es fácil calmarlo luego?

Abandona estas ideas falsas. Ya no aceptes las carnadas del diablo y no permitas que nada te haga perseverar en el pecado, sino de inmediato busca a Dios con todo tu corazón, tu alma y tus fuerzas.

†